LIBRO dot.com

SARA LA DOMADORA

ARMAND SILVESTRE



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Es un hecho cierto que el teatro se muere, que el teatro está muerto en Francia. ¿Quién se apasiona hoy por los dramas hábilmente compuestos? La Comedia Francesa misma, no sabe a quien apoyar, atormentada al mismo tiempo por el deseo de rejuvenecer su repertorio y de seguir siendo fiel al gran arte. La sombra envenenada de Wagner, el manzanillo teutón, ahoga nuestra música nacional; la opereta agoniza, gracias a Dios. Y nada nos hace esperar, después de todo, ni un Molière ni un Corneille.

El espectáculo no precisamente teatral, despierta, en cambio, una enorme curiosidad. El tiempo concede sus favores a los que, en la vida como en la política, hacen exposiciones de bestias; a los acróbatas y a todos los "gritadores de salsa verde", como los llamaba Rabelais en su alegre tiempo. Un verdadero poeta explotó muy hábilmente, hace algunos meses, ese disgusto del público contra los actores verdaderos y los comediantes de carne y hueso, confiando a las pequeñísimas marionetas un magnífico drama en verso. Georges Sand había dado el ejemplo audaz, confiando también a títeres minúsculos la interpretación de sus más nobles piezas sobre la escena reducida de Nohant. Duranty -un talento encantador, un crítico exquisito- compuso en otro tiempo, para el gran Guiñol de las Tullerías, una serie de obras llenas de gracia y de humor. Antes de Madame Sand, antes de Duranty, antes del noble poeta Mauricio Buchor -cuyo Tobías ha sido el mayor suceso de este año- ya Nodier había confesado en voz alta su gusto por el teatro de las Marionetas; y los "Campos Elíseos" lo vieron a menudo sentado, entre los chiquillos, delante de las tablas donde Polichinela daba de palos al comisario de policía (ejemplo que la moral pública debiera aprovechar).

En cuanto a mí, nada me llama la atención tanto como los saltimbanquis. Los circos al aire libre no han tenido un espectador más ferviente que yo. Niño aun, me escapé de la casa de mis padres por correr en pos de una deliciosa amazona del circo Loyal. Yo tenía diez años; ella tendría unos doce; ya Pablo no amaba castamente a Virginia. En una de mis crónicas he contado esta aventura y mi relato me proporcionó la dicha de saber, treinta y cinco años después del lance, lo que había hecho la que continuaba siendo en mi imaginación una princesa de cuento azul. Habiendo llegado a ser directora del más gran circo ecuestre provincial, acaba de casar a su hijo con la heredera del domador Bidel, y hasta me ha dispensado la honra de invitarme a las bodas. En los ramilletes de flores habían cientos de miles de francos. La "banca" -esta es la palabra consagrada- tiene su aristocracia de oro y de nobleza.

Mas por uno de ellos que hace fortuna ¡cuántos no siguen siendo, durante toda su vida, hijos humildes del Judío errante! Y son estos últimos, en realidad, los que me interesan apasionada, fantástica y extraordinariamente. Hay algo de paternal en el fondo de mi corazón que palpita por esos nómadas; por esos caballeros errabundos del último ensueño; por esos hombres que duermen bajo las estrellas; por esos luchadores que han guardado el culto de Hércules entre sus raquíticos contemporáneos; por esos muchachos vestidos de malla que aparecen, ante mi imaginación, iluminados por un reflejo de la antigua desnudez, como las ninfas que huían bajo los sauces; por toda esa raza de nigrománticos y de mágicos falsos, cuyo rostro color de bronce, iluminado por ojos diabólicos, conserva algo de la sangre negra de los viejos tziganos; por todos esos hijos de la bohemia que viven bajo el manto del cielo y que mueren al borde de los caminos... ¡El eterno fantasma de Bobêche que persigue la mariposa de papel que revolotea sobre su peluca!... Ese mundo diminuto, miserable y ruidoso a cuyo alrededor crepita el bronce y muge la piel del asno, tiene para mí un encanto que nunca me ha sido posible definir. Es algo como una manía de coleccionista, con algo de capricho artístico, que ha

amueblado mi memoria de una multitud de aventuras entre las cuales he escogido una de las más trágicas para que reviva en el recuerdo que voy a consagrarle.

II

Ese año, como todos los años, la fiesta de Neuilly instalaba sus barracas en toda la extensión de esa avenida bordeada de casas que comienza entre los ramajes nupciales de Grillet y que termina en la calle de Longchamps -calle donde se encuentra situada la última vivienda de Téophile Gauthier y cuyo camino no ha sido aún olvidado por mi maestro Arsène Houssaye, fiel, como yo, a las antiguas ternuras-. Yo no dejo nunca de hacer mi peregrinación hasta ahí, en la época en que el alma de las primeras florescencias y de los primeros cantos de pájaro parece hecha del alma misma del poeta. Para un explorador vulgar esa solemnidad foránea presenta el mismo carácter desde la época de su institución, la cual, de paso sea dicho, remonta muy alto en los anales gloriosos de los "artistas al aire libre"; mas para un apasionado como yo, la impresión no es nunca la misma. Yo comparo y me acuerdo, siguiendo las oscilaciones de ese oficio móvil. Ciertas industrias se mueren, según lo he comprobado, mientras nacen otras nuevas. Las mujeres colosales, por ejemplo, objetos de mis ilusiones adolescentes, ya no son sino mitos, sueños orientales desvanecidos entre el humo de un cigarrillo, y un verdadero sultán, un pacha concienzudo, no daría tres cuartos por las pobres mojigangas que se nos enseñan con tal nombre, porque todas esas señoras han obtenido su diploma embustero con pesas de cartón. ¡Ah! las bromas pesadas!

Las casas de fieras, en cambio, están florecientes. Esos grandes rugidos de leones que suenan desde las barreras hasta el Sena, haciendo temblar a los pobres rocines de los fiacres que conducen a las señoritas que se consuelan, tocando el "mirlitón", de sus fiascos en el conservatorio, son sorprendentes. Ya comienzo a convencerme de que, después de una larga vacilación, los leones se han decidido a continuar, en la cautividad, la reproducción de su especie. Eso les ayuda a pasar agradablemente el tiempo y tal vez un día podremos, gracias a tal ocurrencia, repoblar el desierto que ha perdido todo su carácter después de los trabajos escandalosos de Gérard, de Bombonnel y de Pertuiset. Porque, en realidad, es un verdadero crimen el de tratar de suprimir de la creación esa noble bestia por culpa de algunos malos árabes a quienes ella ha desgarrado el corazón con el filo de sus dientes y los cuales árabes no son necesarios a la harmonía plástica del mundo. Hay que pensar mucho en la estética, pues el día en que la belleza desaparezca del globo, el hombre no será sino el microbio de un planeta que a su vez no es sino un átomo, pero un' átomo pensante, en el torrente de los infinitos transformados sin cesar. Di avertant omen!... Entre tanto, mirad ese león soberbio que condujo en otro tiempo, sobre sus espaldas vigorosas, el cuerpo niveo de Ariadna.

Sin embargo el rey de los animales podría entrar un día en el orbe de la domesticidad burguesa, lo cual no me parece imposible considerando el grado de docilidad a que los domadores contemporáneos lo han conducido. Hacer abrir la puerta a un acreedor por una de esas bestias africanas, me parece una fantasía digna de un gentil hombre. Aristide Froissard -de feliz memoria- pensó en ello antes que yo. El domador, sin embargo, sigue siendo para mí, con pocas excepciones, un ser absolutamente inútil y casi insoportable. Yo soy de la opinión de Sully-Prudhomme, quien dijo en un uno de esos hermosos sonetos que compuso cuando aun estaba del buen lado de la puerta de la Academia, es decir del lado de la calle:

"Osaron ultrajar la majestad de las bestias."

Haciendo, desde luego, una excepción en favor de las bestias humanas, en las cuales, la verdad sea dicha, no descubro ninguna majestad.

III

Yo había, pues, haciendo mis observaciones profesionales de cronista por amor, recorrido dos veces en toda su extensión las aceras sobre las cuales se encontraban instaladas las dos filas de barracas, únicas interruptoras del continuo movimiento de los tío-vivos. Como buen vago, deteníame concienzudamente en todas las estaciones importantes de la fiesta: delante de las arenas atléticas de Marselle joven (¡he ahí uno cuya juventud dura largo tiempo!); delante de ese teatro Gocherie que teniendo la importancia de un Ministerio debiera también tener el derecho de reclamar un secretario de Estado; delante del teatro actualmente dirigido por Becker, quien ha hecho el disparate de renunciar a la pantomima estando ya en camino de llegar a ser un nuevo Debureau, no tan grande como el viejo, es cierto, pero siempre grande... Confieso francamente que yo buscaba alguna cosa, o, mejor dicho, alguna persona en particular; una mujer, una domadora de serpientes cuyas maneras origínales y cuyo porte extraño me habían interesado desde hacía dos años. Morena, esbelta, con piernas de Diana y con algo de duro en la irregularidad encantadora de las facciones, la bella Sara no tenía rival para enrollar alrededor de su cuello vigoroso, los enormes reptiles, y para atraer sus cabezas chatas y menudas hasta sus labios sorprendentes que no se contraían bajo la influencia de ningún escalofrío y que conservaban siempre su expresión sonriente. ¡Quien sabe si aquellos animales golosos no se engañaban tomando los dientes de su señora por gotas de leche!

Y no solo la bella Sara no aparentaba nunca disgusto, sino que, al contrario, parecía efectuar todos sus ejercicios con cierto placer, tomando posturas plásticas, llena siempre de serenidad, y haciendo grupos laocontianos con sus dos monstruosos discípulos cuyas escamas de plata resbalaban sobre su cuerpo con el estremecimiento de una armadura, tal como Juana de Arco cuando se despojó de la cota de malla que una flecha había roto, dejando una huella de sangre sobre el camino.

La hermosa Sara poseía también, entre su colección de bestias, varios monos, uno de los cuales se enamoró tan perdidamente de ella, que hasta tiraba los platos de su comida sobre las cabezas de algunos imprudentes que osaban acercarse demasiado a su platónica querida. Ese mono, guardián vigilante de la virtud de una mujer, animal precioso cuya propagación en nuestra sociedad seria más importante que la de los leones, me había hecho soñar algunas veces. Yo buscaba, pues, pero sin esperanzas de encontrar, porque aunque ya había visto el nombre de la bella domadora prostituido en varios carteles, nunca había podido encontrar a la mujer inquietante cuyo recuerdo me perseguía aún. Los que aman verdaderamente a la mujer -y yo los compadezco de todo corazón- se engañan raras veces en la instintiva ternura que los lleva hacia algunas. Los destinos se leen mejor sobre los rostros que sobre las palmas de las manos; y me basta, como prueba, la dramática historia que, a proposito de Sara, me contó un viejo borrachín que conoce perfectamente a todo ese mundo foráneo y a quien yo he elevado a la categoría de amigo. Fatigado de buscar, acabé, en efecto, por pedirle noticias de aquella mujer que me había impresionado profundamente con su ausencia.

Y he aquí lo que él me refirió en un lenguaje pintoresco al cual no me creo obligado a ser fiel en absoluto:

IV

Mis suposiciones eran justas: esa Sara no era una muchacha como otra cualquiera, o, por lo menos, como otra del mismo oficio. Educada, cual todas sus semejantes, entre ciertas promiscuidades crapulosas, supo, sin embargo, no mancharse los pies en el fango del camino. Cierto orgullo natural de su alma y un desprecio innato y profundo de los brutos entre los cuales estaba obligada a vivir, habíanla defendido mejor que el mono enamorado de sus encantos. Explotada por un viejo empresario de feria que no se habría disgustado de que ella ganara de cualquier modo dinero, la bella Sara había, por tanto, mandado a paseo a todos los majaderos que le hicieron la corte y reído en las barbas de algunos buenos señores que le ofrecieron treinta o cuarenta francos por una cita de un cuarto de hora.

Ella no tenía aún diez y seis años y era visible que sus sentidos dormían aún un sueño inconsciente. Para no ensalzarla más de lo justo, diremos que había mucho de infantil en su virtud. Y como la virginidad inocente no es nunca furiosa, ella reía, al igual de las demás, ante las groserías echadas al aire, y gustaba de brindar alegremente con un vaso devino pobre. Cuando se lleva durante todo el día una malla que simula la desnudez paradisíaca, y cuando se está expuesta a ser pellizcada, al subir a las tablas rechinantes, por todos los imbéciles, a la hora del espectáculo, no se tiene derecho para darse los aires de una señorita que hubiese sido criada sobre las rodillas de madame Campán. Sus labios encendidos reían con la risa de los hombres groseros, de los chulos de las barreras; pero esas carcajadas algo bestiales,no subían hasta su hermosa frente, iluminada por una flor de ensueño, casi aristocrática. Era, en fin, como os lo he dicho, una criatura extraña que hacía pensar en mil rarezas del Destino.

Sara no había tenido nunca un amante, ni parecía desearlo (lo que será siempre un rasgo típico de su leyenda). Por lo menos hasta el invierno pasado en que encontró en Tolosa, entre la gran florescencia capitosa de las violetas, al hombre que debía en señarle esas alegrías dolorosas de que se vive siempre y de que a veces se muere, la bella domadora no había querido a nadie.

Me parece inútil agregar que ella se encontraba ahí en representación foránea, acabando su viaje de golondrina, antes que la primavera la trajese de nuevo a vivir bajo las ramas apenas verdes del cours de Vincennes, primera etapa de la peregrinación al rededor de París que los artistas al aire libre ejecutan todos los años; ella estaba en Tolosa sin saber que era allí donde la Fatalidad la esperaba.

V

El era un soldado de ingenieros, un simple soldado de veinte años que no tenía nada de heroico en el aspecto, pero cuyos ojos, color azul claro, reflejaban una mezcla de dulzura y de firmeza; era un soldadito igual a todos los demás para quien no lo miraba bien; era un simple soldado de ingenieros. Tenía alguna educación y estaba atacado de cierta timidez para con las mujeres que es privilegio incómodo de los que más las quieren. Sin tener experiencia, ellas adivinan a menudo, sin embargo, la pasión verdadera que se esconde en esa engañifa aparente. Eso había sucedido a la bella Sara. Sus dedos no se encontraban sino cuando él depositaba, como fiel a todas las representaciones, sus treinta céntimos en la mano de la domadora, pero sus ojos, que se encontraban con más frecuencia, se habían mutuamente contado todo. Un día, algunas

horas antes del espectáculo, se hallaron como por casualidad en el paseo; ambos habían marchado largo tiempo, el uno al lado del otro, sin decirse una palabra...

¡Los idilios no se hicieron para los pobres empleadillos! Ellos habían hablado, en seguida, del porvenir, como todos los que creen en el amor inmortal. Cuando él abandonara el servicio militar, también ella abandonaría sus reptiles, y ambos se irían a vivir juntos, muy lejos, al pueblo de él, donde trabajando mucho, tendrían con que comer. Los dos lloraron al separarse, pero ella le ofreció que al acabar la función, a las once, se volverían a ver. Como el patrón se acostaba sin inquietarse por ella, bien podían contar con un buen rato para repetirse todas esas palabras dulces. Él se fue, pues, llevando el cielo en el corazón; andando como un borracho entre el olor de las primeras florescencias y entre el canto de los pájaros; rompiendo las cortezas húmedas y echándose sobre la hierba para gozar del sol.

Ella, por su parte, no encontró nunca la representación tan larga como ese día. En todos sus ejercicios había algo de cólera impaciente que la obligaba, por primera vez, a maltratar a sus reptiles. Su modo de retorcer a los boas admirados, estaba lleno de rabia febril. Los ojos menudos de las bestias, despedían llamas, y sus lenguas agudas enviaban al aire una multitud de pequeñísimos dardos negros. El mono, que tenía costumbre de defenderla, mirábala ansioso, con los pelos de la espalda erizados y haciendo sonar sus dientes con un ruido semejante al que producen las avellanas al romperse. Al fin el último acto se acabó; la hora deseada comenzó a sonar y el empresario se retiró, gruñendo como todos las noches y después de haber contado el dinero dos veces, al enorme carro verde adornado de serpenteos emblemáticos de volúbilis cerrados, donde su cama se encontraba. La bella Sara quedóse en la barraca como para arreglar algo.

VI

Romeo acudió pronto al lado de Julieta; y entró con tal impetuosidad, que hizo caer la lámpara colocada aún sobre la gran caja donde el patrón acababa de contar sus dineros y bajo la cual dormían ya las serpientes, envueltas en sus mantas. Pero ¿qué les importaba la oscuridad, cuando llevaban en los ojos estrellas de luces imanadas?... Pronto estuvieron el uno en los brazos del otro; y después de ese primer abrazo en donde sus almas se confundieron un instante, ella lo empujó dulcemente y ambos se sentaron muy juntitos sobre el mismo banco, volviendo la espalda a la caja de las serpientes.

¿Será necesario repetir las palabras que salieron de sus labios? Desgraciado del que no las encuentre en su propia memoria! ¿Será necesario decir las caricias tímidas y ardientes que cambiaron en el silencio? ¡Más desgraciado aun el que no sienta el escalofrío del recuerdo sobre su propia boca! Sus brazos se habían enlazado de nuevo y ellos estaban, pecho contra pecho, jadeantes, confundidos, mezclados.

-¡Ah! -dijo ella en un suspiro- ¡si pudiésemos morir así!

En el acto se sintió sofocada; luego, en el corazón, un estertor... Sus dos cabezas se inclinaron súbitamente hacia atrás, mientras el mismo nudo apretaba sus dos cuellos y una carne pesada y flexible rompía sus espinazos, envolvía sus piernas enlazadas, haciendo tronar sus huesos y moliendo sus cuerpos confundidos. Sus últimos suspiros se exhalaron en el mismo soplo, como ella acababa de desearlo... Y no fue sino una masa inerte, sin nombre, sin forma, lo que quedó en el suelo, siempre apretado por los anillos obstinados.

Todo eso se explica, después de todo, de la manera más sencilla del mundo. Oíd:

La lámpara, al caer sobre la caja, había encendido algo, antes de apagarse ella misma, sin que ellos pudieran percibirse. La madera se había quemado lentamente, carbonizándose y constelándose, apenas en algunos lugares, de puntos rojos que se ensanchaban. Después las mantas comenzaron también a consumirse sin llama, sin crepitación, convirtiéndose en ceniza bajo las chispas silenciosas. Ese calor inesperado había devuelto a los reptiles libres, todo su vigor. Y fue el boa constrictor, el más grande de todos, el que había sido maltratado una hora antes por la bella Sara, quien se vengaba de ella ahogándola entre los brazos de su amante, sin saber que al hacerlo realizaba el más admirable ensueño de su señora.

El olor fuerte de lana chamuscada, acabó por despertar al patrón, quien corrió, blasfemando, a la barraca. Al principio no pudo distinguir, bajo el toldo oscuro y ahumado, sino un pobre prisionero encadenado que se agitaba exalando gritos de dolor. Era el mono que lloraba.

La muerte de la bella Sara no fue llorada por otros ojos.